

CARLOS GARCÍA GUAL

LA TRADICIÓN ABIERTA DE LOS CLÁSICOS POPULARES

1. El calificativo «popular» puede aplicarse en un doble sentido. «Popular» es la obra que va dirigida a todo un pueblo, y que es acogida por un público extenso e indistinto. En tal sentido, Homero fue un autor popular en Grecia, y lo fue Aristófanes, y también Esquilo en la Atenas del siglo v a. C. En una acepción más precisa, «popular» es la literatura y el arte aceptado por el pueblo llano, por las capas más bajas en nivel cultural de la población, y, en este segundo sentido, «popular» se define por oposición a lo erudito, culto, selecto y sofisticado. Es en esta acepción en la que empleamos el adjetivo en estas páginas, al adjetivar como «popular» la literatura esópica o algunos relatos novelescos de la Antigüedad.

Aunque esa distinción puede parecer muy clara, y resulta un tanto obvio insistir en ella, sin embargo conviene subrayar que la distancia entre una y otra acepción es gradual y está condicionada por factores históricos determinados. El segundo sentido, posterior al otro, supone una diferenciación cultural entre dos públicos, uno plebeyo y otro selecto, que admite notables matizaciones según el contexto. La distancia que entre una y otra capa de público había en la Antigüedad era, ocioso resulta advertirlo, mucho menor que la que puede haber en nuestros días. Por poner un ejemplo, pensemos en la novela como lectura destinada al consumo más o menos trivial. Es probable que ya en la época del Bajo Imperio Romano hubiera un tipo de novela dirigida a un auditorio o a un círculo de lectores de cultura exquisita y gustos refinados literariamente, como eran quienes podían apreciar las gracias del *Satiricón* de Petronio, con su parodia y su sátira social, o la habilidad narrativa de Heliodoro; y frente a éste un género de novela popular, al modo de folletines más o menos picantes y románticos, para jóvenes, damas románticas ávidas de una educación sentimental, etc., que los doctos menospreciaban y los moralistas censuraban. Pero la distancia que en el mundo actual existe entre la novela de «vanguardia», experimental y de creación de nuevas pautas narrativas, y las novelas «populares», en sus variados subtipos, es enormemente mayor que la que pudiera darse en cualquier momento del pasado. Recordando esta gradación, conviene tomar con cautela la aplicación de los calificativos de connotaciones modernas a las obras del mundo antiguo.

Por otra parte, quisiera también destacar la enorme influencia que la literatura popular grecorromana ha tenido en épocas posteriores, una influencia generalmente reconocida de un modo vago y general, pero mal estudiada y muy desatendida por los filólogos e historiadores de la Literatura, atentos ante todo a las obras de un

cierto prestigio, cuya influencia es más fácil de rastrear en la tradición literaria. La desatención hacia los géneros populares es muy antigua, y podemos detectarla ya en el viejo Aristóteles, quien no trató en su *Poética* de los tipos de relato más populares de su tiempo: géneros menores como la fábula, el cuento, la novela corta, etc. Al componer su *Poética* (que no conservamos por entero), el fundador del Liceo centró su atención en las grandes creaciones literarias del pasado, como algo «clásico» y paradigmático. Porque conviene no olvidar que en la época de Aristóteles la épica, la tragedia y la comedia antigua (la aristofánica), eran creaciones de un pasado. En ese pasado, cuando aún se componían tragedias y comedias aristofánicas, ésas fueron obras populares, en la acepción más general; en tiempos de Aristóteles eran el objeto de lectura y estudio de los cultos. Pero a estos géneros poéticos se les suponía un valor paradigmático, como entelequias «para siempre» en el desarrollo de unos tipos de literatura fijados por la tradición. Los otros tipos, los de la literatura popular, cotidiana, menos caracterizada en cuanto a su estilo, menos prestigiosa, no merecieron gran atención del Estagirita ni de los alejandrinos del Museo, que catalogaron la literatura clásica. (Aunque es cierto que hubo en el Liceo quien se interesó por recoger los testimonios de la literatura popular, como Demetrio de Falero, discípulo de Teofrasto, que recopiló las fábulas esópicas, etc., por lo que la observación anterior es sólo válida en líneas generales).

2. Pero nuestras reflexiones de ahora no tratan de precisar la distinción de dos clases de literatura orientadas hacia públicos diversos —eso es más bien el supuesto previo de las mismas—, sino la peculiar trasmisión de estos textos populares, sobre todo de aquellos cuya perduración y difusión secular permite que los calificuemos a la vez de «clásicos». Los ejemplos que he elegido para esta breve exposición, porque me parecían claros, son: el *Corpus de Fábulas* atribuido a Esopo, la biografía conocida como *Vida de Esopo*, y otra biografía novelesca, la *Vida de Alejandro de Macedonia*, atribuida al Pseudo-Calístenes, mero nombre para designar a un redactor de comienzos del siglo III¹.

Al enfocar el estudio de la tradición textual popular, un primer rasgo destaca desde el comienzo: el anonimato de sus autores. Ya los románticos insistieron en el carácter anónimo de la creación surgida del pueblo, del *Volksgeist* colectivo y nebuloso. Pero no se trata de repetir hoy su argumentación. Evoquemos algo más sencillo: esos textos son de autor desconocido porque, en primer lugar, su originalidad y su calidad literaria no merecieron, según la opinión de sus contemporáneos y tal vez de sus mismos autores, que se inmortalizara con ellos el nombre de un escritor, que seguramente no pertenecía a la mejor sociedad literaria de su tiempo. En segundo lugar, y sobre esto insistiremos luego, esos textos no salieron acabados de la pluma o del estilo de un solo escritor, sino que, en buena medida, son el resultado de un largo proceso de acumulación y selección, un conglomerado que, en torno a un cañamazo original, ha reunido elementos de diversas manos y épocas. La atribución de las fábulas anónimas a un mítico Esopo (supuesto personaje del siglo VI a. C.) o de la *Vida de Alejandro* a Calístenes (historiador del monarca mace-

¹ He dedicado otros estudios a estos textos, por lo que en estas páginas prescindo de las referencias bibliográficas casi en absoluto. Remito a mis trabajos anteriores para ampliar algunos datos y una idea del estado de la cuestión. Sobre Esopo y la fábula, cfr. C. G. G., «Historia y ética de la fábula esópica», en *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos* (1976), Madrid, 1978, págs. 179-213, y sobre la *Vida de Alejandro*, la introducción que precede a mi traducción de esa obra, Pseudo Calístenes, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1977.

donio de cuya obra nos quedan breves fragmentos) es interesante en cuanto indica, sintomáticamente, el deseo de referir el origen de tales obras a un preciso contexto histórico.

Veamos primero el caso de Esopo. A este fabulista no le consideraban los griegos como el inventor del género, sino el introductor en Grecia de la primera colección de fábulas, que fijó el tipo clásico de tales relatos, breves y didácticos, con una estructura narrativa característica. Sobre él se tejió desde muy antiguo una leyenda biográfica, núcleo de la *Vida de Esopo*.

La *Vita Aesopi* es una curiosa ficción novelesca que, en su esquema básico, conocieron ya Heródoto y Aristófanes. Su protagonista es un personaje pintoresco, prodigio de fealdad y de astucia, criado de varios amos, que de esclavo asciende a consejero de reyes y acaba por ser asesinado en Delfos en una celada preparada por los taimados miembros del clero local. Aunque los griegos, desde Heródoto, por lo menos, lo consideraban un personaje histórico, su figura es la audaz invención de un literato anónimo que lo introdujo en su recuento de fábulas como un narrador que las aplica a sus peripecias vitales. Y el nombre del protagonista de la novelesca biografía se confundió y suplantó al del escritor.

Pienso que la ideología que se refleja en la *Vida de Esopo* coincide con la que se desprende de la colección de fábulas. Como el zorro en sus historietas, Esopo se vale de la astucia para triunfar en un mundo donde imperan la fuerza, el engaño y la lucha constante de unos contra otros, sin más sanción moral que el éxito o el fracaso². En el ámbito del fantástico mundo de las bestias parlantes, la inteligencia, *nous* o *metis*, puede resultar un arma útil para obtener la ganancia, el *kérdos*, y lograr que el más débil en cuanto a su fuerza se alce con la victoria. El zorro se ríe, a veces, del león y de otros brutos más fuertes que él, pero más necios. Así Esopo se burla de su amo, que se las da de filósofo, y de otros poderosos de este mundo, porque los supera en ingenio.

El inventor de la figura de Esopo e introductor de la primera colección de apólogos en Grecia, debió de vivir hacia la segunda mitad del siglo VI a. C., el siglo de los elegíacos y yambógrafos, que frente a la tradicional ideología aristocrática postularon nuevas concepciones de la vida social y de los valores, con audacia revolucionaria. A esa época remonta el núcleo originario de la *Vida de Esopo*, así como la anónima colección de fábulas atribuidas a él, recogidas de aquí y allá por un *logopoiós* ingenioso y desconocido para nosotros.

La versión primera, de esta época arcaica, de la *Vida* esópica andaba tan lejos de la que hoy conocemos como la primera colección fabulística lo estaría de cualquiera de las que se nos han transmitido.

Podemos dejar de lado ahora algunos importantes problemas³, como, por ejemplo, el que se centra en la forma original de esos apólogos, si estaban primero redactadas en verso o ya en prosa desde un comienzo, el de si todos los de la primera colección estaban enmarcados en la *Vida*, y el de la dificultad de un libro de esa temática humorística y popular en época arcaica, para venir a recalcar lo que aquí nos importa: que tanto la colección de fábulas como la *Vida de Esopo* se han

² Véanse mis artículos «El prestigio del zorro», en *Emerita*, 1970, 2, págs. 417-31, e «Ideología y estructura de la fábula esópica», en *Estudios ofrecidos a E. Alarcos*, I, Oviedo, 1977, págs. 309-22.

³ Sobre estos problemas sería necesario remitir a los libros y trabajos de B. E. Perry y de M. Nøjgaard, y, en nuestro país, a los importantes estudios de F. R. Adrados, del que los últimamente publicados son «Desiderata en la investigación de la fábula antigua», en *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos* ya citado, págs. 215-35, y «Prolegómenos al estudio de la fábula en época helenística», en *Emerita*, 1978, 1, págs. 1-81.